JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado. 10 Oct. 1931

EL ENCANTO PORTEÑO DE MANUELITA ROZAS



* * * * ILUSTRACION DE GUEVARA * * * *

A MANUELITA ROSAS, nadie la discute. Cuando Juan Manuel gobernaba, ella era como la princesa de Buenos Aires. Todo el mundo se le inclinaba. Hasta los enemigos del tirano, a Manuelita la respetaban. Le dedicaban versos — muy malos. Anduvo en tal novela — muy mala esa novela. Cuando estaba en el destierro, las amigas de acá la recordaban siempre; los amigos, por su parte, la veneraban. Andaba en canciones y en loas, bajo la tiranía; y aún residía en los amables comentarios porteños cuando habitaba en Inglaterra; y al morir, siendo muy vieja, ya estaba hecha entre nosotros su leyenda.

Escribieron sobre Manuelita, con respeto, Ventura de la Vega, Mármol y Saldías, entre otros; la amó Lord Howard, la admiró el almirante Le Predour, la describió Mansilla, satisfecho de su parentesco, algunos historiadores la han citado siempre con miramiento.

Carlos Ibarguren, ha hecho su historia. Así podemos seguir la vida de Manuelita, desde sus días de niña, allá en las estancias paternas — junto a la autoritaria madre, reina de los salones en su adolescencia y juventud, secretaria del restaurador, y, por último, siempre al lado de don Juan Manuel, hasta la muerte de éste en Southampton.

INFUNDIA, SIN BUSCARLO, UNA IMPRESION DE DIGNIADAD

De moza era delgada, flexible y esbelta. No era muy alta; pero lo parecía, por el modo con que erguía su cuello largo y fino. Su andar tenía garbo; sus ademanes eran vivos y espontáneos; era elegante con naturalidad. Su tez era de una palidez mate; la boca pequeña, y la nariz lo mismo; los ojos obscuros, brillantes y muy expresivos, aunque chicos; la frente coronada por abundante y ondeada cabellera de color castaño obscuro. No era hermosa; pero sí atractiva. Toda su persona tenía gracia. En sus movimientos vibraba una leve voluptuosidad criolla; su mirada era inquieta, brillante, vaga pero fuerte; su sonrisa afable. Dice Mármol que su fisonomía era inteligente. A los 33 años era todavía así. Poco después de casada — tenía 35 años — la visitó en Inglaterra Ventura de la Vega; el cual escribió de ella: "No es gruesa, pero tampoco es muy delgada; tiene muy bonito cuerpo y un aire de lo más distinguido y elegante que se puede ver. Su conversación es franca, pero muy fina, y tiene golpes de talento, que dejan parado".

* * *

"CARIÑO SIN TERNURA Y UNION SIN DELICADEZA."

Así se define la condición sentimental de la familia Rosas. Esta definición es perfecta. En tal hogar nació Manuelita el 24 de Mayo de 1817.

Los padres para poder casarse se valieron de una treta. Encarnación Ezcurra escribió una carta para dar a entender que estaba encinta. Así la madre de Juan Manuel consintió que se casaran, aunque eran muy jóvenes: él tenía 20 años y Encarnación 18. Lo de que estaba encinta era mentira. Pero nunca fué muy escrupulosa esa dama.

Encarnación Ezcurra era hombruna, politiquera y rencorosa; eso sí, era fiel a Juan Manuel y a

(Continúa en la página cuatro)

FUE UN TEOREMA Y UN DRAMA EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA



★ Por JOSE GABRIEL ★

A fines del siglo XV, un hombre joven que residía en Portugal, sometió a la corte portuguesa un proyecto de navegación por Occidente.

No se sabía ni ha podido saberse aún en dónde había nacido aquel hombre, qué edad exacta tenía, qué profesión ejercía regularmente, por dónde había estado hasta entonces, qué había estudiado, ni siquiera qué se proponía con claridad. Parece que había nacido en Italia o en España hacia el año 1451; se llamaba Cristóbal Colón o Colom, era navegante, estaba casado con la portuguesa Felipa Muñiz Perestrello, de la que tenía un hijo.

El monarca portugués hizo examinar por personas entendidas el proyecto de aquel extranjero; los que lo examinaron dijeron que era un proyecto realizable; pero parece que Colón exigió tan elevadas recompensas a cambio de los descubrimientos que prometía, que la Corte portuguesa no quiso aceptar sus servicios. Le llamaron visionario y loco por las grandezas con que soñaba.

COLON ES ESPAÑA

En 1484, habiendo fallecido su esposa, resolvió pasar con su hijo a España. Su hijo se llamaba Diego y era de pocos años aun. Colón iba decidido a hallar protección para ejecutar su idea; necesitaba una flota; si Portugal se la había negado, España se la daría.

Pero Colón se vió rechazado por segunda vez; sin embargo, no se desanimó; continuó sus gestiones en la Corte, hizo un viaje a Portugal, egresó a España, se alistó en el ejército de los Reyes Católicos, que iba a combatir a los moros de Granada, conoció a personas de elevada posición, obtuvo sueldos y honores, estuvo a punto de conseguir de un duque las naves necesarias para su viaje, estudió, caviló, habló de su proyecto, se enojó con muchos, llegó a hacerse molesto a todos con su manía, agravada por un carácter cada vez más áspero, y así transcurrieron ocho años.

COLON SE DESANIMA

A los ocho años de haber pisado con su proyecto tierra española, Colón pareció sentirse vencido, precisamente cuando se hallaba próximo a ejecutar su idea, cuando iba a ver al fin aceptada toda su ambición, cuando estaban por realizarse todos sus sueños. Sería un hombre de cuarenta años de edad; por consiguiente, se hallaba en la plenitud de su vida; pero, tanto luchar con la incomprensión de los otros, tanto esperar, tanto desesperar, lo habían rendido, y empezaba a desilusionarse.

Mientras tanto, los navegantes portugueses continuaban descubriendo la costa africana e islas vecinas, siempre con la esperanza de hallar el extremo Sur de Africa y pasar por allí a las Indias Orientales a seguir proveyéndose de telas finas, de perfumes, de piedras preciosas, especias y otros artículos de lujo o de necesidad. Las tierras que iban descubriendo quedaban en poder del rey de Portugal, por concesión del Papa, quien se las otorgaba para que propagase en ellas la fe católica.

EN LA RABIDA

Salía de España, Cristóbal Colón con su hijo Diego, cuando, por falta de barco que los condujese, se vió obligado a permanecer unos días en el puerto español de Palos de Moguer, en la provincia de Huelva. No había en el lugar casa para alojamiento, o carecía Colón de dinero para pagárselo, y se fué a pedir asilo a un convento próximo ya conocido por él, el monasterio franciscano de la Rábida, donde lo admitieron con su hijo.

Era prior del convento un tal fray Juan Pérez, que pronto entró en relación y en amistad con el viajero. Colón le expuso el proyecto de viaje transatlántico, y el prior, interesado en la idea, se la comunicó a algunos vecinos de Palos, entre ellos a Martín Alonso Pinzón, reputado marino. Como a Pinzón le pareció el proyecto tan bien que hasta se ofreció para acompañar a Colón si llegaba a emprender el viaje, fray Pérez se dirigió inmediatamente a la reina Isabel, de quien había sido confesor, y le pidió que recibiese y escuchase a aquel visionario que los sabios no comprendían.

EL CONVENIO

La reina aprobó el proyecto y se entablaron entre Colón y la corte española negociaciones para estipular las condiciones de la empresa. Todavía, durante los trámites, hubo un entorpecimiento: Colón insistía en exigir títulos y honores que en España se tributaban únicamente a los grandes del reino, y como la Corte, por temor de ofender a la nobleza nacional, se resistía a dárselos, decidió irse con su plan a otros países y hasta emprendió la marcha.

Felizmente, el escribano real Luis de Santángel intervino en favor de Colón, se mandó a buscar al fugitivo, los reyes concedieron todo lo que el navegante les pedía, y el día 17 de abril del año 1492 se firmó entre Colón y los Reyes Católicos, en la ciudad española de Santa Fe, el convenio para la expedición.

La expedición debía salir del puerto de Palos de Moguer, cuyo municipio estaba obligado a servir con dos carabelas, por tres meses, a la corona de España. Los reyes exigieron ese servicio, y la Municipalidad entregó dos naves. Juan de la Cosa puso una tercera, de su propiedad. Las dos primeras se llamaron la "Pinta" y la "Niña"; la otra, la "Santa María". Esta última era la mayor, con un largo de veintiséis metros, como un barquichuelo de los que hoy no salen de las costas.

LA PARTIDA

Terminados los preparativos, Colón y sus acompañantes se dispusieron a partir. Una madrugada de estío se confesaron, comulgaron y oyeron misa, unos en la iglesia de San Jorge, otros en el monasterio de la Rábida; se embarcaron con la aurora, desplegaron las velas de sus navecillas y cuando el sol apuntaba en el horizonte, dieron el adiós a la multitud que había ido a la ribera a despedirlos, y emprendieron desde el pequeño puerto de Palos el viaje más dichoso que se ha realizado en la Tierra, porque terminó con la aparición de un mundo.

Era el amanecer del día 3 de agosto de 1492, fecha memorable.

EN EL OCEANO

La expedición tomó rumbo hacia las Islas Canarias, donde tuvo que detenerse algunos días para arreglar un desperfecto de la "Pinta"; luego, volvió a zarpar, y se internó en la inmensidad del Océano. La "Santa María" era la nave almirante, y en ella iba Colón; la "Niña" la comandaba Juan Niño, y Martín Alonso Pinzón la "Pinta".

LAS DUDAS

Pronto la flotilla estuvo lejos de todo contacto humano. Su almirante no dudaba de que hallaría costas algún día, y al principio había logrado infundir en sus compañeros su fe; pero, a las dos semanas de navegación, como transcurriese sin resultado el plazo que Colón había fijado para hallar tierra, muchos de los tripulantes empezaron a mostrarse descontentos.

El almirante contuvo con firmes promesas y también con amenazas de castigo, las quejas de sus subordinados, y la flota siguió navegando hacia occidente.

COLON SE ENGAÑA

Un día se engañó como todos el propio almirante. Navegaban muy juntas la "Pinta" y la "Santa María" e iban hablándose de una a otra Colón y Pinzón, el primero a bordo de la capitana, el segundo a bordo de la "Pinta", cuando Pinzón gritó entusiasmado: "¡Tierra, tierra, señor!", al tiempo que con el brazo extendido le enseñaba a lo lejos un cuerpo enorme, semejante a una isla. Era el atardecer. Colón quizá no esperaba costas aún; pero, sea porque también sintiese impaciencia por ver tierra, sea porque la poca luz de la hora no dejase ver bien, creyó que aquel bulto lejano era una isla y ordenó enfilar hacia él las proas de las naves. A la mañana siguiente vieron que eran nubes.

Estas desilusiones, renovadas diariamente, iban apocando de tal manera los ánimos, que Colón se vió obligado a tomar una enérgica medida: los reyes de España habían ofrecido como premio una renta perpetua para el primero de la expedición que viese y gritase tierra, y Colón dispuso que en lo sucesivo, el que anunciase tierra falsamente, no alcanzaría aquel premio, aunque luego viese tierra antes que nadie.

La medida tuvo efecto, pues durante unos días se navegó sin que nadie hiciese vanos anuncios. El domingo 7 de octubre, al mes de haber salido de las Islas Canarias y siendo la hora del amanecer, todos los tripulantes a una creyeron ver tierra en el horizonte, pero todos se contenían de gritar, por el miedo de incurrir en la pena impuesta, hasta que al fin los de la "Niña", que iba delante, dispararon un cañonazo e izaron la bandera que indicaba el descubrimiento.

Por desgracia, horas después la visión se desvanecía nuevamente, y aun cuando en aquel mismo día y en los sucesivos se vieron bandadas de pájaros que tenían que venir de tierras cercanas, el descontento aumentó en la expedición. Se murmuraba que por aquel rumbo no iban a descubrir tierra jamás y que Colón estaba trastornado o que con sus fantasías quería perderlos a todos.

La rebelión era ya incontenible: todos se quejaban del almirante, todos le contradecían, y eso que Colón les decía que habían navegado menos leguas de las que en realidad habían navegado, para que no supiesen que estaban tan lejos de Europa. Un día más sin hallar tierra y habría que retroceder definitivamente.

Pero el jueves 11 de octubre los de la "Santa María" vieron pasar junto a la nave un junco verde y un pez de los que no se alejan mucho de las rocas; los de la "Pinta" vieron una caña y recogieron un palo labrado y una tablilla con yerba de ribera, y los de la "Niña" pescaron una rama de espino con frutos maduros. Todos aquellos objetos eran indicio seguro de que había tierra cerca, y si el palo labrado provenía del mismo lugar que el junco, la caña y la rama, no podía dudarse de que era tierra de hombres la que por allí había.

¡TIERRA!

En la madrugada del 12 de octubre sonó un estampido seco, seguido de un clamoreo de hombres. Los corazones se paralizaron, los ojos se miraron llenos de asombro, la expectativa llegó a punto que parecía que iba a reventar; todos se abalanzaron a proa, yendo de babor a estribor. Era la "Pinta", que como más velera iba delante y acababa de disparar un cañonazo. Uno de sus hombres, Rodrigo de Triana o Juan Rodríguez Bermejo, había gritado "¡Tierra!", y la tripulación coreaba aquel venturoso grito.

EL DESEMBARCO

Era hora de desembarcar. Colón mandó echar al mar la barca armada de la "Santa María" y se metió en ella con algunos hombres de la tripulación; la barca, con el estandarte real desplegado, se dirigió a remo a la costa; la siguieron las barcas de la "Pinta" y la "Niña", también con banderas. Pronto desembarcaron todos, el primero el almirante, que al pisar tierra se arrodilló y la besó y llorando de alegría dió gracias a Dios porque le había conducido a buen término.

Luego, poniéndose en pie, Colón dijo que aquella isla se llamaría en adelante San Salvador, y con gran solemnidad y aparato, pronunciando las palabras acostumbradas en casos así, tomó posesión de ella en nombre de los reyes de España. Sus compañeros le reconocieron bajo juramento como almirante y virrey de aquellas tierras, según el convenio que para la expedición habían firmado los reyes.

Tres meses empleó en la exploración isleña. Durante ella le acontecieron dos infortunios: la carabela "Santa María" se le destrozó navegando y tuvo que abandonarla, y el piloto de la "Pinta", Martín Alonso Pinzón, que tanto había hecho por el descubrimiento, se indispuso con él y se separó de la expedición con su carabela y con su gente. Por otra parte, las riquezas que esperaba hallar en aquellas tierras no aparecían.

TRIUNFO Y MUERTE

De tres carabelas le quedaba una, la "Niña", que, además, era la menor, y de cien hombres, pocos más de la mitad. Era preciso equipar una expedición mucho más numerosa. Ahora le sería más fácil que la primera vez, dado que ya había hecho lo principal, el descubrimiento. Resolvió, emprender viaje de regreso.

Luego de dos meses de azarosa navegación, arribó al puerto de Palos, a los siete meses y doce días de haber salido de allí. Era el viernes 15 de marzo de 1493, a mediodía.

España recibió con júbilo a los descubridores, especialmente los reyes Fernando e Isabel, que tributaron al almirante homenajes de príncipe. Colón informó de sus descubrimientos a la Corte, mostrando en prueba de ello algunas perlas y yerbas raras que llevaba de las islas. Todos creyeron, como él, que se trataba de las costas de Asia, abordadas por Occidente. Por eso, las nuevas tierras recibieron el nombre de Indias Occidentales y a sus habitantes se les llamó indios.

Fueron aquellos, seguramente, los últimos días felices de Colón. Reunió en seguida abundantes elementos, que le brindaron entusiastamente el pueblo y la Corte, para emprender nuevos viajes, y efectuó tres más, el primero de ellos con una flota [illegible] por mil duscientos hombres; descubrió nuevos territorios poblados y ricos, cuyo gobierno inmediato le pertenecía como virrey; pudo sentirse poderoso.

El día 21 de mayo de 1506 falleció. Antes de morir dijo: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu".

Los viajes de Colón conmovieron a Europa: por todas partes brotaron inmediatamente deseos de explorar el Océano. Como se creía que las nuevas tierras pertenecían a las Indias, al tener noticia del primer descubrimiento el rey de Portugal consideró que las tierras halladas eran suyas, pues los Papas le habían otorgado todas las que se descubriesen en aquella región de Asia. En consecuencia, mandó aprontar una numerosa expedición, que iría a apoderarse en su nombre de las islas.

Enterados de las pretensiones de su real vecino, los Reyes Católicos le enviaron emisarios para pedirle que suspendiese la expedición y entrase en tratos pacíficos con ellos. El monarca portugués accedió a lo que se le pedía, y nombró comisionados, a su vez, a fin de entablar negociaciones con la corte española.

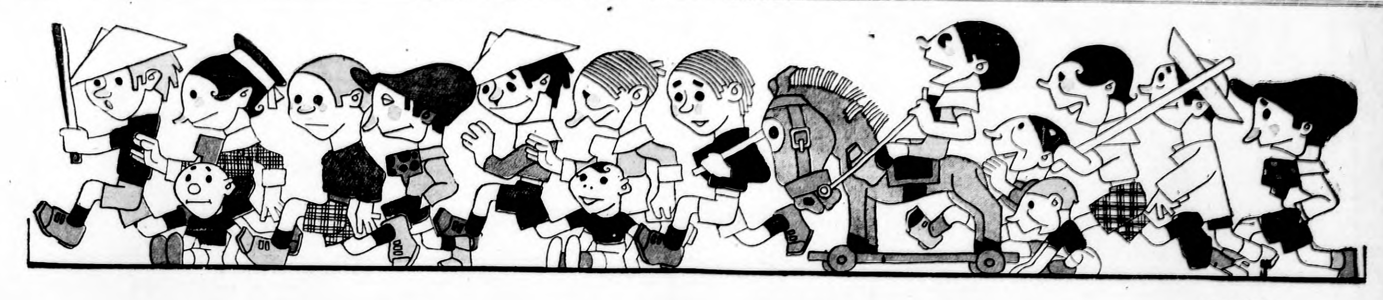
Estaban en eso cuando apareció una bula de Alejandro VI, por la cual ese Papa concedía a la corona de España, para que implantase allí la fe católica, las tierras descubiertas y todas las que se encontrasen al occidente de una línea que trazó de polo a polo en el mapa del Atlántico, a cien leguas de las Islas Azores.

TIERRA IGNOTA

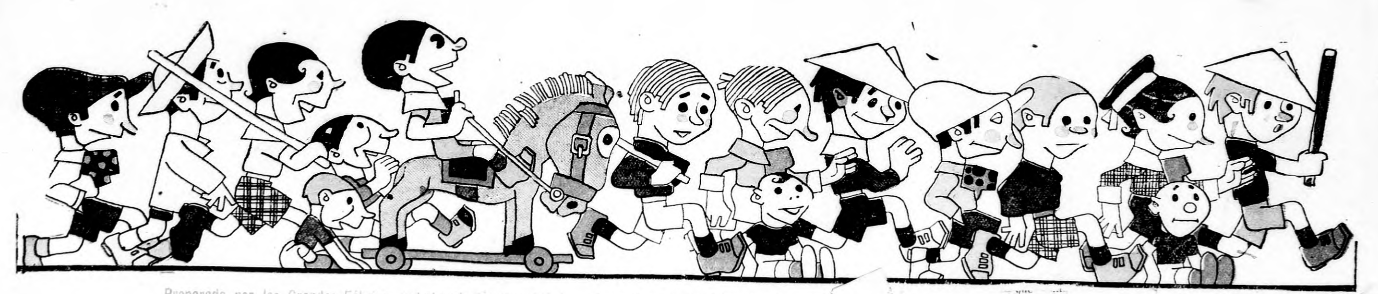
Poco duró la gloria de Colón: entre tantos navegantes como surgían entonces, todos con ansias de hallar tierra y nada preocupados por la labor de los demás, el nombre del primer descubridor quedó desconocido. En 1505, es decir, un año antes de fallecer el almirante, se publicó en Europa un libro de geografía que consignaba las nuevas tierras. Su autor, ignorante de la existencia de Colón, proponía en el libro que el Nuevo Continente se llamase América, o sea, Tierra de Américo, en homenaje al navegante florentino Américo Vespucio. Este navegante había visitado en 1501 las tierras descubiertas, había hablado de ellas en Europa y había sostenido, en contra de la opinión común, que no eran tierras asiáticas sino de un nuevo continente situado entre Asia y Africa, como era verdad.

El nombre de América cundió en seguida. Poco más tarde, la publicación del relato que de sus viajes había escrito Colón, hizo ver la injusticia de ese nombre, y su propio inventor (el autor de aquel libro de geografía), arrepentido, aconsejó que se adoptase el de Tierra Ignota, pero sin éxito. Debió llamarse Colombia el nuevo mundo, o Atlántida, como lo había llamado un sabio antiguo que conocía su existencia; se llamó América para siempre. Hay quienes dicen que Américo Vespucio no se llamaba Américo y que había tomado tal nombre de la denominación indígena de un lugar americano visitado por él.

Ilustración de ROJAS


GUEVARA





EL ENCANTO PORTEÑO DE MANUELITA ROZAS

(Viene de la primera página)

sus intereses. Era brava, más bien fea, exaltada, violenta, ambiciosa, sin delicadeza ni vida interior. Cuando su marido estaba lejos, acaso en la guerra con los indios, se escribían; pero en sus cartas ni el padre ni la madre recordaban a sus hijos para nada. Era una mujer sin ninguna intimidad. Era ardorosa, entusiasta, franca; iba derecho al grano; solía dar la cara; todo lo contrario de Rosas, que era siempre solapado, disimulado, frío y calculador minucioso.

Pasaban largas temporadas en el campo. Manuelita hubo de familiarizarse, desde muy pequeña, con la vida gaucha. Era aquel un ambiente áspero. A su tatita le daba por ciertas genialidades y bromas nada suaves. A su madre le daban ataques de ira.

ADOLESCENCIA

"Una ternura límpida y profunda".

Oía siempre ruidos de armas, el clamor de las turbas que vitoreaban a su tatita y los vituperios de su madre contra los "asquerosos" y "mulatos" enemigos. Pasó la revolución de Lavalle, el fusilamiento de Dorrego, la lucha de los federales, el primer gobierno de Rosas. Su casa era un comité; estaba siempre llena de gente de todo pelaje y catadura; allí sólo se vivía para la política.

Doña Encarnación era agente general de los negocios del marido y estaba tejiendo la entretela de la tiranía. Manuelita se aliviaba, escapando a casa de su abuela. En doña Encarnación no encontraba un regazo materno. Pero como esos manantiales que brotan insospechados en campos yertos, Manuelita tenía en el fondo de su ser, una ternura límpida y profunda.

Para la revolución de los restauradores, Doña Encarnación fué quien lo preparó todo. A la casa acudían los amigos de hacha y tiza; querían acabar con Balcarce y los "lomos negros". Aquello era un hervidero: generales, oficiales y soldados, caudillejos de arrabal, matarifes y funcionarios, entraban y salían para ejecutar órdenes de la "benemérita señora". A su rededor estaban Garrigós, enfático y relamido, Mariño, injurioso y lisonjero; Cuitiño, Parra, Salomón y toda la negrada, como en su cuartel general. Las mujeres de los soldados, las chinas y los mulatos que fumaban cachimbos pestilentes, traían chismes y llevaban delaciones. Los negros, que vendían escobas y plumeros, tortas, alfajores, rosquetas y aceitunas condimentadas, que llevaban en bateas de madera sujetas por correas de suela, se metían en las casas y se enteraban de lo que se pensaba; lo averiguaban y lo espiaban todo; luego, iban a soplarlo a la mujer de Rosas. Doña Encarnación hacíales regalos, invitábales, les sonreía; atendía a pardos y a mulatos; les dejaba que jugasen al billar en su casa, y mandaba a Manuelita al salón, para que los acompañase. Manuelita debía sonreir y distraer a esos tertulianos, que soltaban a cada paso palabrotas y sandeces. La propia doña Encarnación llamaba a esa gente "soldadesca infernal". Una vez consultó si no había medio de que no viniesen más a su casa. "Han cometido toda clase de crímenes, sucios y escandalosos". Lo que sería aquello para que doña Encarnación se arredrase. Hasta invocó su condición de madre.

LOS CANDOMBES

Los domingos mandaban a Manuelita a los bailes de negros. Era una manera de ganarse la voluntad de esa chusma. Manuelita se fué acostumbrando desde temprano a la bárbara algazara y a las rondas cantadas en lenguaje enrevesado. Las voces aguardentosas se acompañaban de tamboriles. Las negras, vestidas de colorado, bailaban el candombe en un salón con alfombra de bayeta colorada; con unas gradas al fondo, tapizadas del mismo género y tres grandes sillones colorados; el del medio para Manuelita y los otros dos para el rey y la reina del candombe. Manuelita llegaba con Juanita Sosa y Dolores Marcet. Anunciaban su llegada con un toque de tamboril. El rey y la reina, de un salto, se abalanzaban a recibirla, la conducían al trono y se sentaban luego. Rompía la música y se cantaba "Loor eterno a Rosas"; "mueran los salvajes unitarios". Después el rey iniciaba una contradanza; seguían todos los negros y negras. A las seis de la tarde, las niñas se retiraban.

DOÑA ENCARNACION CONSPIRA, TRIUNFA Y MUERE

El 30 de abril de 1834, seis hombres a caballo, emponchados y armados, asaltaron la casa del canónigo doctor Vidal, miembro de la Sala de Representantes, y prorrumpiendo en gritos descargaron sus tercerolas contra el joven Esteban Badlam, empleado en la secretaría del gobernador Viamonte. Los asesinos se retiraron tranquilamente al tranco de sus caballos, a dar cuenta de su cometido a doña Encarnación. Ella, entonces, escribió a su marido: "Tuvieron muy buen efecto los balazos. A eso se ha debido se vaya a su tierra el fascineroso canónigo Vidal".

De esta manera procedía la furibunda heroína federal. Armaba a los malhechores y ordenaba los asaltos. Vió así el triunfo de su obra, y el 19 de octubre de 1838 se murió contenta.

Al punto Manuelita se hizo cargo de la correspondencia de su tatita. Hasta entonces no había tenido función pública; había sido sólo testigo; en adelante sería protagonista.

MANUELITA SE INICIA

Comenzaba a ser mujer; tenía inquietudes y ansias vagas de amar; deseaba alejarse de las jugarretas groseras, de los bufones, del vocerío federal, de las grotescas fiestas parroquiales, de la adulonería y del acre hedor que los negros dejaban en su casa. Gustaba de la sociedad elegante. Salía de paseo con sus amigas, en las noches primaverales, por la calle Cabildo (hoy Victoria); los jóvenes hacían la escolta, y suspiraban a su paso versos de amor.

Manuelita era la antítesis de su madre. Dominaba los ímpetus heredados. Prevalecía en ella el sentimiento del deber. Era equilibrada; no tan calculadora como su padre, ni tan arrebatada como su madre; era prudente, aunque más por deliberación que por temperamento. Era tierna, pero serena. (El autor tiene aquí una frase definitiva: "En los tiempos de la exaltación romántica —dice— Manuelita recibió el calor de la onda sin la llama ni la fiebre"). Su vida interior, era como una cisterna recóndita. Era piadosa y creyente. Se fijó un deber: el de hija, y le sacrificó su juventud, sin querer juzgar la crueldad del tirano; su bondad fué por entonces más pasiva que activa, así como su sonrisa fué más amable que cordial.

MANUELITA HACE POLITICA

Desempeñaba comisiones políticas. Acompañó un trecho a Oribe, cuando en 1839, salió a batirse por Rosas, y le despidió entusiasmada. Se escribía con el gobernador de Santa Fe. Firmaba cartas que Rosas le dictaba. Cuidaba los papeles secretos del tirano. Daba órdenes y las reservaba. Pero no mandaba por su cuenta. Manuela Rosas —dice Mármol— pudo hacer cuanto mal quisiera, pero no ha hecho derramar una lágrima. La naturaleza no le dió ningún instinto dañino.

Era la dulce compañera de Rosas — prosigue el historiador. Llenó su vida íntima. Constituyó su hogar. Cuando murió su madre, ejerció, junto a su padre, una ternura que antes no conociera. No descansaba en secundar los trabajos privados del tirano; además, recibía los pedidos, las súplicas, daba las esperanzas y aseguraba las promesas. Era allí —concluye el autor— la misericordia y la gracia.

TERTULIA

"Inalterable amabilidad sin afectación"

Después de cenar, abría su tertulia. En su sala de la calle Moreno, ella, Juana Sosa, Dolores Marcet, Sofía Frank, Telésfora Sánchez, Petronita Villegas, Marica Mariño y otras amigas, reían y bailaban con los mozos de su intimidad; cantaban canciones como aquella que entonaba el joven monsieur Gerondeau, de la Legación Francesa, con acento de lo más gabacho:

Casaca me he de poner
De paño, arpillera o coco,
Yo estoy loco, loco, loco
Por querer una mujer.

O se recibían serenatas, a veces con piano y todo, como la famosa que organizó la muchachada con trozos del "Barbero", con el dúo de "Teobaldo y Derlitzka" y con cielitos federales.

Una noche de verano — el 8 de febrero de 1843— se apareció en la puerta del salón un joven de fina silueta, delgado y sonriente. Con pulcritud y elegancia hizo una reverencia general, y dirigiéndose a la dueña de casa, le entregó un álbum de tapas de terciopelo rojo con bordados de relieve, en los que un Cupido se dibujaba con hilos de oro y plata; y en tono dulce y un tanto conmovido, exclamó: Esta canción federal, que es mi primera armonía literaria, se la ofrezco a usted. (Todo este pasaje del escritor tiene un fino humor. Sigue la dedicatoria a Manuelita y luego la poesía. "Combativa—dice el historiador—devorada por la pasión belicosa, que contrastaba con el porte galante y social del joven admirador de Manuelita. La firmaba Bernardo de Irigoyen. La feroz canción —le dice el autor; y así es en todo sentido). La cantaron allí mismo, "mientras los jóvenes de la rueda se cruzaban frases galantes y miradas encendidas". La música era de Esnaola y la canción terminaba con un Gloria eterna a los pueblos hermanos y al gran Rosas porteño, salud! Después —dice el historiador— Manuelita cantó la sonatina: "Una voce poco fa", del Barbero.

Entretanto, Rosas en sus aposentos seguía trabajando hasta la madrugada.

PALERMO

Sólo había descanso — dice Antonio Reyes — cuando el general iba a Palermo. Solía estarse allí, a la sombra de los ombúes de su quinta, recostado en las faldas de su hija, sobre un banco de madera en que ella estaba sentada, con unos locos o bufones que siempre le acompañaban. Así le halló La Madrid en 1839.

Diez años después el monte Palermo estaba convertido en un gran parque y la casa ampliada con pretensiones de palacio. Allí residió el general, permanentemente, los últimos años de su dictadura. Manuelita hizo de aquel Palermo alegre un pequeño Versalles pampeano. Organizó fiestas a las que asistían los ministros y los íntimos. Todos quedaban encantados de ella. Southern lo declaraba así en una carta vehemente. Era un ambiente bizarro, bárbaro y desenfrenado, por una parte; había allí gauchos, mulatos y bufones; el general Rosas con su chaquetón azul, y caña en mano, se dedicaba de pronto a hacer bromas brutales; y por otra parte, el refinamiento de las damas y de los caballeros, la elegancia, el lujo, la música, los coros de damas y caballeros, los paseos en góndolas por el río, entre canciones, los manjares exquisitos, los diplomáticos discretos, los príncipes extranjeros y los aristócratas nativos; todo ello hacía pensar en una corte.

Lord Howden se enamoró, por entonces, de Manuelita. No supo ni quiso ocultar su pasión. La siguió por todos lados. No se habla ya sino de eso. Salieron juntos de paseo. Hicieron una cabalgata hasta Santos Lugares. Parece que se le declaró. Manuelita le prometió amor fraternal. El se resignó, pero cumplió; y la escuadra inglesa levantó el bloqueo de Buenos Aires, a pesar de las protestas del representante francés. Rosas sabía aprovecharse de su hija. Le Predour, el almirante francés, comunicó por carta su nostalgia a Manuelita. El partido federal resolvió hacer de Manuelita el sucesor, para el caso de que matasen a Rosas. El comercio de Buenos Aires le ofreció un gran baile. Recibía honores de soberana.

CRISIS

El amor encendía su alma hastiada.

Llegaba a los 35 años. Máximo Terrero le había declarado su pasión. Hubo de optar entre sus ansias de mujer y sus deberes de hija. Rosas era celoso y exclusivo. No consentía en perder a su hija. Manuelita seguiría sacrificándose. Estaba cansada de honores, lisonjas, de adulaciones. Pero había de pasar por todo: su tatita la necesitaba. Por entonces las tropas de Urquiza avanzaron sobre Buenos Aires. Rosas fué a Santos Lugares, para esperarlo; Máximo Terrero tomó las armas y acudió a batirse por el tirano; llevaba un pañuelo de seda punzó bordado por Manuelita. El 3 de febrero de 1852, en los campos de Morón, jugaban su vida y su suerte los dos seres que ella más quería. Manuelita acudió a la plegaria.

FINAL

Rosas fué vencido. Salieron para Inglaterra. Máximo siguió a Manuelita, optando por expatriarse. Estaban allá pobres y solos. El 23 de octubre de 1852, Manuelita se casó con Máximo Terrero. Rosas vivía solo en Southampton; tenía una granja y la trabajaba él mismo.

Su alma solitaria era dura y orgullosa. No se resignaba. "Manuelita me ha dejado con inaudita crueldad, —escribía en 1855 — cuando más necesitaba de sus cuidados". Pero Manuelita, nunca, en verdad, le dejó del todo. Le adoraba; y era él quien no quería vivir a su lado con su yerno; porfiaba en trabajar hasta el último día.

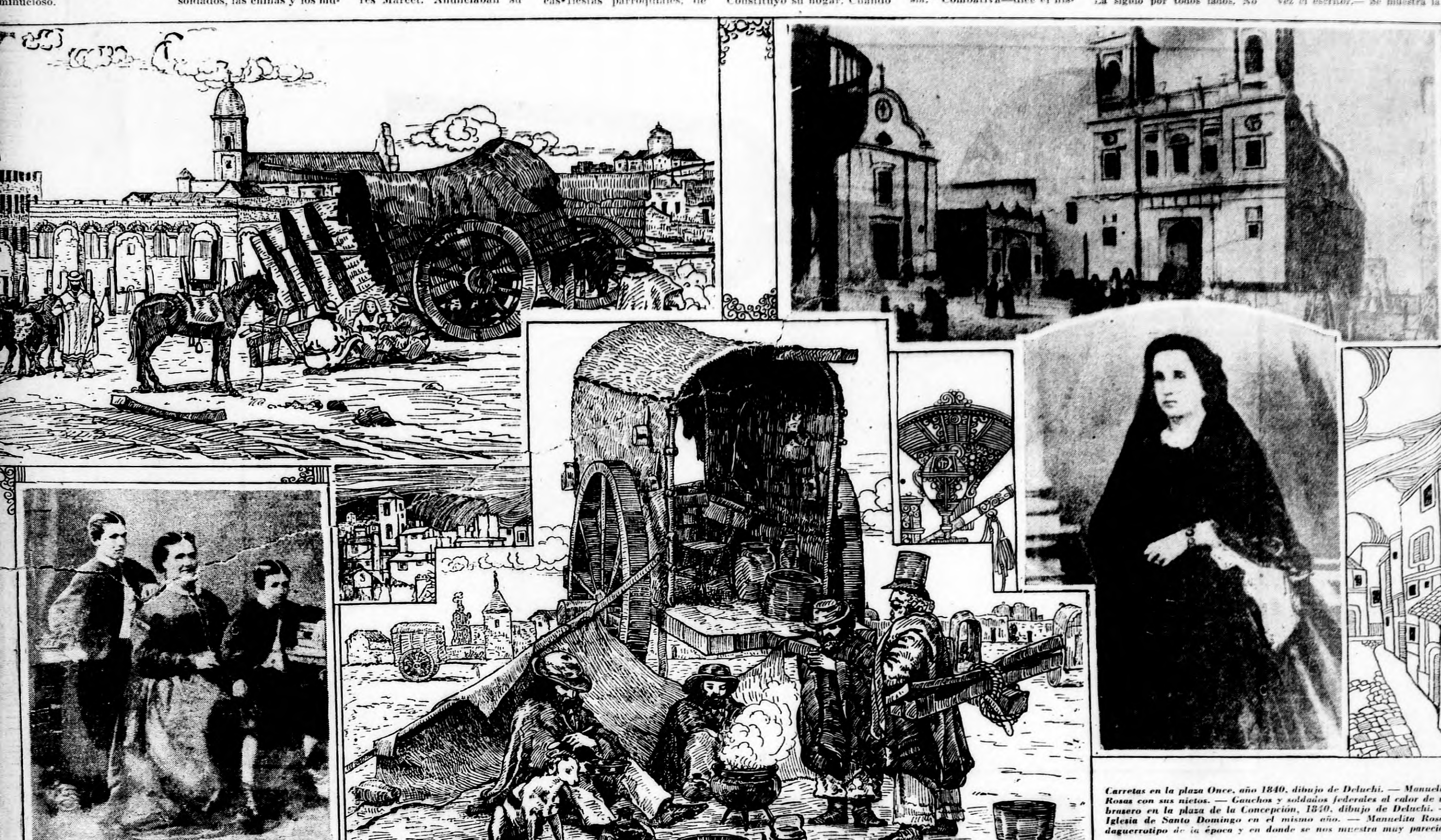
Entonces comienza la correspondencia de Manuelita con sus amigas de Buenos Aires. Es un manatial cristalino—afirma otra vez el escritor.— Se muestra la dignidad de su alma. Su cor- zón tiene una ternura inefabl No guarda rencor a nadie. C rece de estilo, más rebosa una amiga inalterable. Es u madre ejemplar, sin dejar ser una hija sin igual.

Era para ella una fiesta v sitar cada año a su padre Southampton, con su marido sus hijos. Era la niña de sie pre. Estaba algo gruesa, pe sana. Era alegre, llena de juic y de gracia, muy señora y m porteña; a sus hijos los llam ba los ingleses. Creía a cieg en la grandeza de su tatita; vía orgullosa de él y protestal de continuo contra la pobre de Juan Manuel. La gente d pueblo la quería allá como habían querido en Buenos A res; le traían presentes de hu vos o de aves. "El año pasa tuve cincuenta ramos de flor todos de manos de gente since y humilde".

El 14 de marzo de 187 por la mañana, se mor Juan Manuel de Rosas.

A las seis —escribió M nuelita a su marido— sal de la cama y me llegué a le besé tantas veces como sabes lo hacía siempre, y besarle la mano la sentí frí Le pregunté: ¿Cómo te tatita? Su contestación fu mirándome con la mayo ternura: "No sé, niña".

Con la muerte de Rosas termina el autor — se e tinguió Manuelita. "Le s brevivió largos años la señ ra de Terrero, que se apa con dulzura, como esas ta des serenas que se oscurece lentamente después de día tempestuoso".



Carretas en la plaza Once, año 1840, dibujo de Deluchi. — Manuelit Rosas con sus nietos. — Gauchos y soldados federales al calor de u brasero en la plaza de la Concepción, 1840, dibujo de Deluchi. — Iglesia de Santo Domingo en el mismo año. — Manuelita Rosa daguerrotipo de la época y en donde se nos muestra muy parecid

Secretos de los Grandes Clubs de Londres

as Memorias de May Meyrick, que Siendo Hija de la Más Famosa Dueña de Cabarets, es Hoy la Honorable Condesa de Kinnoull

pués de su Majestad la Maria, posiblemente no en Londres ninguna mujer onocida como la señora Meyrick, propietaria de osos clubs nocturnos y a sufrido tres condenas aber contravenido las le- bre la venta de licores o a de clausura de los es- imientos que posee.

estos círculos de diver- e reunen la aristocracia y eblo; el champagne baña, ialmente, las paredes de lones, y hay tal consumo elo en la preparación de cktails, que bastaría para la fiebre a todos los en- s de un hospital. Miss se comprometió, y bien fué la esposa de Lord ull. Y así, la hija de la de los Clubs Nocturnos a formar parte de la rea- británica. Otra de las hi- la señora Meyrick se ca- mbién, con otro par, Lord rd.

dy May", la condesa de ull, hasta antes de su ca- nto pasó su vida entre el y el bullicio del club noc- y conoce de nombre a to- os personajes importantes glaterra y de muchos paí- uropeos. Ha conocido lo y mas destacado de las s del mundo, y ha podido el principio y el final de ida desordenada, de disi- n y escándalo que muchas ha llevado a sus víctimas orcio, a la ruina o al sui-

condesa de Kinnoull nos a algunos de los muchos entes extraordinarios que odido presenciar en estos nocturnos, dirigidos por adre y muy a menudo por nisma.

su cabaret se conocieron uque de Westminster, uno s más ricos nobles de In- rra, y Loelia Ponsonby, joven bellísima, de educa- a la antigua. Al poco o del encuentro, Loelia onby era la señora Du- a de Westminster.

rrivistas y Snobs

ra muchos es algo verda- nente extraordinario el po- comer, beber y aun respi- l mismo aire, en el mismo , donde se hayan reunido bros de la nobleza y más tre ellos hay príncipes de ngre.

Este deseo natural, que casi dríamos decir se convierte en bismo, comienza como una ple comedia, pero muchas es toma los caracteres de tragedia, y más aún, si se nsa que estos snobs son mas nerosos de lo que por lo re-gular se los supone. Por ejemplo, si un individuo vanidoso y presumido divisa cerca de su mesa a un conde auténtico, tratará por todos los medios de entablar relaciones con su vecino; suele ser recibido con la fría indiferencia que merece todo intruso; así vuelve a ocupar su antiguo asiento. Esto no quiere decir que el conde sea un snob, sino, simplemente, que quiere mantener sus derechos en la búsqueda de sus amigos como cualquier otro hijo de vecino.

Los grandes snobs

Los hombres y las mujeres de elevado linaje mantienen una fría e indiferente actitud ante el público, que indudablemente no es orgullo, sino que les sirve como una defensa contra las familiaridades de los que los rodean. Pero ellos no son snobs, y yo he visto nobles que han sufrido verdaderas ofensas de personas aparentemente cultas.

Los que realmente son snobs son los arrivistas, quienes, como no están seguros de la situación social que ocupan, se esfuerzan es un decir, de quienes creen que están por encima de ellos, en adular y limpiar los zapatos.

Todos estos manejos son de lo más gracioso e inspiran lástima, y he podido contemplarlos desde mi puesto de gerente de los cabarets "45 Club", el 'Little" y en el "Mahatan", y lo más lamentable de todo es que muchos de estos individuos, a fuerza de querer aparentar situaciones que no poseen, concluyen por caer en los desastrosos lances que acarrea un divorcio, la bancarrota; finalmente arruinan sus vidas.

Al club "Manhatan" solía venir muy a menudo un hombre que estaba por encima de los 50 años, quien poseía una espléndida fortuna hecha honesta y trabajosamente; y había decidido divertirse en unión de su esposa, a quien aventajaba en unos 20 años. Esta pareja agradecía todo aquello que sirviera para su mayor diversión y eran concurrentes asiduos. Pero, ya en el club, al saberse rodeados de nobles y llenos de títulos y altos personajes, se sintieron tan achicados, tan modestos, que su única preocupación fué conocerlos, lo que sólo consiguieron a medias, pues sólo les fué posible conocerlos de "vista". Entonces fueron también atacados del mal de la nobleza: el microbio del snobismo los había picado y jamás, pensaron, podrían volver a sentirse felices si no adquirían un título de nobleza.

El hombre, a quien llamaremos Mr. J., quería comprar un título como otros lo habían adquirido. Pero Lloyd George había vendido tantos en beneficio de su propia fortuna, que sobrevino el escándalo y por ese tiempo no le fué posible adquirir ninguno a ningún precio. Mr. J., viendo que ese no era el camino, buscó una solución más práctica, como buen hombre de negocios que era.

Su hermosa y joven mujer no podía quitarse de la cabeza la obsesión de un título nobiliario.

Estaba verde

Inició sus pesquisas, y supo que cierto empleado del gobierno en las oficinas de Whitehall — donde están las oficinas administrativas del gobierno británico — era un hombre de enorme influencia y de gran valor para la obtención de títulos. Además se enteró de que era un hombre que se creía irresistible con las mujeres.

Así, su primer trabajo fué el obtener que le fuese presentado este oficial en un almuerzo en el Hotel Savoy de Londres. Era un hombre que frisaba en los cincuenta años, pero, como dicen los franceses, "aún estaba verde", lo que significa que, a pesar de tener bastante edad, su manera de ser, su conducta y sus pensamientos eran los de un joven. Vestía correctamente y jamás se descuidaba de dar un ligero toque a su corbata al ser presentado a una dama, y aun más si ésta era joven y bella. Así estaban las cosas, cuando fué presentado a la señora J., en el Hotel Savoy.

★ ★ ★

El príncipe de Gales, cuando está en Londres, es personaje visible en alguna mesa de los clubs que integran este relato. Aquí le vemos frente a las cartas visto por el famoso dibujante francés Bib. En este relato se recuerda una anécdota singular e interesante de una millonaria con Eduardo de Windsor. El heredero del mayor imperio del mundo es buen perdedor, pero no acepta que la gente pierda para serle agradable.

★ ★ ★

★ ★ ★

En uno de los clubs de Kate Meyrick el duque de Westminster, uno de los nobles más ricos de Inglaterra, conoció a la bella Loelia Ponsonby. Le fué presentada como una mujer sin educación moderna, es decir, como una niña educaca a la antigua. El noble inglés se sintió impresionado por la belleza serena y la inteligencia de Loelia Ponsonby. Pocos meses después era duquesa de Westminster.

★ ★ ★

"Debe usted venir a comer conmigo alguna noche, Sir Robert", le dijo la diminuta señora J. Es posible que mi marido esté ausente. Se ha marchado a Manchester, donde sus negocios lo reclaman. Espero que no tendrá inconveniente".

Sir Robert dirigió una mirada tan expresiva a la señora J., como diciéndole que la presencia del esposo durante la comida no tendría para él ningún atractivo. Y cuando la señora le ofreció la más graciosa de sus sonrisas, Sir Robert no dudó más y se comprometió para dos días después.

Mr. J. no estaba en casa la noche de la comida. En su lugar estaba la tía de la señora J., perfectamente instruída; la cual, después de comer, hacia las once, anunció que "lamentaba tener que irse a la cama, pero que le era imposible no hacerlo."

Sir Robert permaneció en la casa hasta la una de la madrugada, alegrado no solamente por un excelente vino Oporto de 1896 sino por la presencia y agradable conversación de la señora J. Durante su permanencia en la casa de lo South Audley Street, que está detrás del Park Lane, pudo entender que la hermosa señora J. no era completamente feliz con su esposo, lo que le hizo pensar que eso le brindaba la ocasión de arreglar las cosas y alegrar un poco la vida de la pobre señora.

Un escocés

El examen que se pudiera hacer de la conducta de Sir Robert, sería desfavorable para él, tratándose de asuntos de dinero. En esta clase de asuntos, el oficial de las reparticiones gubernamentales, era un hombre que gustaba usar de mucha claridad. Bastará decir, para dar a entender qué clase de hombre era, que en cierta ocasión en el "Little Club", adonde había ido con la señora J., discutió vehementemente por cincuenta centavos de más que habían cargado en la adición que le presentaron.

Efectivamente, Sir Robert descendía de escoceses, y éstos no creen que es necesario gastar el dinero en halagar a la dama de sus amores con joyas, lazos de perlas o broches de brillantes y otras extravagancias, como los hombres de otras razas y otros pueblos. Ellos buscan siempre el amor "gratis", es decir aquel del que la ocasión de hacer pagos esté muy remota.

La señora J. aceptó así las cosas y creyó entenderlo perfectamente. Las mujeres, en el amor, ordinariamente, están obligadas a entender perfectamente a sus amantes, porque cuando están en un error lo deben pagar después muy caro.

Ella creyó que Sir Robert no quería recibir dinero; pero sí, algunos favores, a cambio de los cuales entregaría a su esposa un título, que no le costaba nada. ¿Podía haber encontrado mejor combinación?

Cuando se volvieron a encontrar en la terraza de la Casa de los Comunes para tomar algunas frutillas con crema, ella mencionó como por casualidad, al hablar del excelente tiempo:

—Dentro de poco ya no será tan agradable el permanecer en la ciudad, ¿verdad? Como usted sabe, Sir Robert, pienso ir a dar una vuelta por Deauville hacia fines de semana, pero no encuentro quien me acompañe. Y no me gustaría ir completamente sola. Quisiera encontrar alguien que estuviese libre para hacer el viaje juntos.

—Supongo que no es correcto que me ofrezca a acompañarla y que se me vea siempre con usted. — Su sonrisa completaba perfectamente aquello que no creía que era "correcto".

De Custodia

—Eso depende de un simple detalle — replicó la señora J. — Pero ¿cree usted que eso sería mal interpretado? En tal caso, haga como si nada hubiera dicho. No me voy a enojar si ustel no puede venir. Dígame, ¿puede usted salir de la ciudad, acaso?

—Muy fácilmente — dijo Sir Robert. — Las sesiones del Parlamento están a punto de terminar, y entonces el trabajo habrá disminuido por algún tiempo.

—Magnífico. Pero, supongo, Sir Robert, que me hará el favor de venir como mi huésped. No oficialmente, se entiende: ha de ser solo entre nosotros. Y después de todo usted me hará un gran favor porque me servirá de custodia y compañía. ¿Quiere usted?

La señora J. terminó su frase con una deliciosa sonrisa y una mirada llena de fuego que disipó todas las dudas que aún pudiera abrigar Sir Robert, el cual pensaba en ciertas cosas y estaba calculando lleno de incertidumbre cuanto le iba a costar este viaje. De inmediato su cara se nubló de tristeza.

—Estoy pensando en mi esposo — dijo la señora J. en medio de un suspiro.

Las facciones de sir Robert se alteraron. La conversación sobre el esposo era un tema demasiado triste para que tuviera lugar después del diálogo anterior, y trató de adivinar a dónde quería llevarlo con su conversación la señora J.

—Sí, pobrecido querido — continuó ella — si pudiera saber por medio de quien fuera posible obtenerle un título de baronet, que lo haría feliz, mi conciencia estaría tranquila del todo.

—Apruebo la idea — dijo sir Robert con cierta alegría — y conmenzó a desarrollar el plan del pequeño viaje que iban a hacer. Hasta ahora yo nunca he querido creer en las supersticiones, pero me han afirmado a menudo que trae mala suerte viajar en barcos donde ha habido una muerte, y supongo que nos toca tomar el Chennel. En el barco viajaba la desgraciada Vera, condesa de Cathcart, y el conde de Craven. Verdaderamente, la enfermedad de la pobre Vera hubiera hecho alejarse a otra persona que no hubiese sido Mrs. J., quien llevada siempre por su temperamento snobista se empeñó en acercarse a élla. Pronto se enteró del verdadero estado de la enferma y decidió entonces formar dos parejas. Una camarera con el conde de Cathcart y lord Craven con élla.

★ ★ ★

El duque de Westminster, magnate inglés de fortuna cuantiosísima. Asiduo concurrente a los clubs de la mamá de la duquesa de Kinnoull, madre de la autora de estas memorias, hoy es el marido de Loelia Ponsonby, una chica sin fortuna, pero de singular atracción y belleza. Divorciado por dos veces, hoy está casado por tercera vez, y, según parece, es un hombre feliz con la última compañera.

★ ★ ★

Sin influencia

Sir Robert y la señora J. llegaron a Deauville, y no tengo intención de describir lo que vieron y las impresiones que recibieron. Yo no estaba en aquel entonces en dicha localidad y sólo relato aquello que he visto por mis propios ojos. Poco después estaban de vuelta, y se les vió en el "Little Club" y en el "Manhatan". La señora J. hizo saber que su esposo sería nombrado baronet.

Pero en realidad, sir Robert tenía mucha menos influencia, para conseguir títulos, de la que la señora J. se creía, y solamente se había aprovechado de la oportunidad que se le brindaba usando de su posición cerca del gobierno para iniciar un clandestino y atractivo "affaire d'amour" con una bella y diminuta señora, cuyo snobismo la había llevado a realizar uno de los mayores sacrificios que una mujer puede realizar para obtener un título de nobleza para su esposo.

Snobs-aristócratas, y no pocas veces aventureros, concurren a estos suntuosos clubs.

La señora J. extremó la cosa en sus relaciones con sir Robert; pero él aparentaba no darse cuenta de la situación creada a la pobre señora, quien debió sufrir sus errores en silencio. Es indudable que quizá ella no pensó llegar hasta esos extremos, pero los acontecimientos así lo dispusieron. Mr. J. que había dejado hacer las cosas, pues él deseaba ese título más que por él mismo por su mujer, llegó a saber todo lo que ella hacía y había hecho por adquirirlo, a raíz de que la señora J. fué citada como testigo en la demanda de divorcio de los esposos Cathcart.

Si se miran imparcialmente las cosas, sería posible disculpar la conducta de ambos esposos, como se piense que el fin puede justificar los medios. Si ellos hubiesen obtenido un título tan penosamente buscado, quizás nada hubiera venido a entorpecer su vida matrimonial. Pero los sucesos tomaron otro rumbo. M. J. se indignó e inició demanda de divorcio citando a sir Robert como a la contra parte.

Sin embargo, tuve oportunidad de escuchar en el club al que asistía frecuentemente, que Mr. J. después de citar a sir Robert como a la contraparte, poco después cambió el nombre de sir Robert por el de un desconocido, como si éste hubiera tenido un lugar preferente en la vida sentimental de la señora J. De acuerdo a la conducta de dicha señora, el divorcio fué fallado y el esposo se vió libre de pasarle emolumentos para que pudiese vivir.

Gran pobreza

Pero es necesario hacer notar las crueles ironías del acaso. Mr. J. trató de comprar un título por todos los medios y falló. Su esposa lo buscó por otro camino y también fracasó. Resultado: que la pobre señora que tan empeñosamente se esforzó en buscar un título nobilario, se vió sumida, después del divorcio, en la mayor pobreza y abandono, y debió trabajar para poder sostenerse, como empleada en Bloombury.

Una mañana, leyendo el diario, con sorpresa vió que su marido, de quien se había divorciado, había recibido por fin el título tan buscado.

La explicación es fácil. Al entablar divorcio, Mr. J. citó a sir Robert como contraparte e instado para que substituyera el nombre de sir Robert por otro, a fin de evitar el escándalo alrededor de su persona, puso como condición el preciado título de baronet. Y así fué cómo Mr. J. pudo por fin ser noble inglés.

Y así fué cómo por temor al escándalo, arma que imprudentemente puso su esposa en sus manos, pudo Mr. J. adquirir un título que por medio de todo su dinero no le fué posible conseguirlo.

Todos los años tengo por costumbre ir, al iniciarse la temporada, a Le Touquet, con mi esposo y asistir de vez en cuando al Casino "a probar fortuna". Era conocido por nosotros que el príncipe de Gales estaba en esta lujosa playa del Norte de Francia, y que al fin de semana solía venir al Casino a jugar el baccarat.

El Príncipe de Gales no es de aquellas personas verdaderamente jugadoras. Nunca expone grandes sumas en sus paradas ni tiene el gran interés que demostró por el juego su abuelo el rey Eduardo, quien, por lo que de él se cuenta, fué un verdadero y apasionado jugador. Pero la circunstancia especial que deseo relatar no se refiere al príncipe de Gales, precisamente, sino a lo que ocurrió a una dama americana que en la mesa de juego ocupaba el puesto situado enfrente del Príncipe de Gales. Quiero contar esta anécdota para que se juzgue bien a ciertos tipos de snobs del mundo.

El Ppe. de Gales

El príncipe de Gales y esta dama, como lo he explicado, se encontraban frente a frente durante el juego. El príncipe de Gales jugaba con fichas de 1.000 francos y en poco tiempo perdió algo así como pesos 10.000, que la señora americana iba ganando.

La dama se ponía cada instante más intranquila—supongo que su agitación provenía de la próximidad del Príncipe de Gales—hasta que anunció al amigo que la acompañaba, que deseaba permanecer en su sitio hasta que el príncipe hubiera podido rescatar todo el dinero que ella le había ganado. Y haciéndolo así, comenzó a jugar deliberadamente con el mayor descuido, con el propósito fijo de perder lo ganado, cosa que creo hacía para poder así ganar la simpatía de tan real contendor.

Si el príncipe hubiera conocido la verdad, estoy seguro que hubiera dejado a un lado todas las consideraciones sociales que una dama merece en la sociedad inglesa y que esta señora americana, indudablemente, no hubiera merecido su simpatía. Para el Príncipe, los manejos de esta dama no eran nada más que otras formas variadas de las mil maneras en que se muestra este afán snobista que rodea siempre a las personas que llevan títulos nobiliarios.

May Meyrick, Condesa de Kinnoull

LEA en el próximo número del sábado 17, otro interesante y ameno capítulo

Cada dos horas

Para cortar y quitar la gravedad de un RESFRIO, bastan cuatro dosis de GENIOL en el día, una cada dos horas.
Tome el GENIOL con un buen vaso de agua. Es mejor.

El GENIOL, corta la fiebre, disuelve los venenos gripales y levanta las fuerzas, provocando una saludable reacción que evita las complicaciones. El GENIOL, puede tomarse a cualquier hora.

EL LIBRITO
DE 4 DOSIS



30 cts.